

# **Aventuras en el Far West**

**Los mineros de Alaska**

**Aventuras entre los pieles rojas**

***La Soberana del Campo de Oro***

**Emilio Salgari**



*Aventuras en el Far West*

Emilio Salgari

An omnibus compilation of three titles:

*Los mineros de Alaska*

Título original: *I Minatori dell'Alaska*

First published in Italian in 1900

*Aventuras entre los pieles rojas*

Título original: *Avventure fra le pellirosse*

First published in Italian in 1900

*La Soberana del Campo de Oro*

Título original: *La Sovrana del Campo D'oro*

First published in Italian in 1905

Translation Copyright © 2016 ROH Press

Cover: *The Last Stand*, Laurence Herndon, 1922

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.  
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information storage retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

## **Nuestros títulos en español**

### **Todas las aventuras de Sandokán (I)**

Los tigres de Mompracem  
Los misterios de la Jungla Negra  
Los piratas de la Malasia

### **Todas las aventuras de Sandokán (II)**

Los dos tigres  
El *Rey del Mar*  
A la conquista de un imperio

### **Todas las aventuras de Sandokán (III)**

La venganza de Sandokán  
La reconquista de Mompracem  
El falso brahmán  
La caída de un imperio  
El desquite de Yáñez

### **La trilogía del Corsario Negro**

El Corsario Negro  
La Reina de Los Caribes  
Yolanda, La Hija del Corsario Negro

### **Aventuras en el Far West**

Los mineros de Alaska  
Aventuras entre los pieles rojas  
La *Soberana del Campo de Oro*

**[Búscalos en Amazon.com](#)**

**[Búscalos en Amazon.es](#)**

# **Aventuras entre los pieles rojas**

## **Capítulo 1**

### **La pradera del río Pecos**

HACE BASTANTES AÑOS, cuando las regiones occidentales de los Estados Unidos dependían de México, una pequeña caravana recorría lentamente, en una calurosa tarde de agosto, las vastas praderas que se extienden a derecha e izquierda del río Pecos.

Ni Texas ni Nuevo México contaban en aquella época con los numerosos pueblos que tienen en la actualidad. No eran entonces estos Estados más que pequeñísimos centros, a enorme distancia unos de otros y bien fortificados para resistir a las invasiones de los comanches y de los apaches.

Tres personas, que montaban magníficos caballos, componían aquella caravana, que osaba atravesar tan peligrosa región, llevando, además, un pesado furgón arrastrado por ocho parejas de bueyes.

Uno de los tres viajeros era un viejo negro, que probablemente habría sufrido los horrores de la esclavitud; los otros dos, un caballero y una señora, eran de raza blanca, bastante jóvenes y sin duda hermanos, pues se parecían muchísimo.

El hombre no tendría más de treinta años: hermoso tipo, de gran estatura, gallardo y elegante. Tenía la tez bronceada, facciones finas y correctas, ojos negros brillantísimos, y sus cabellos, negros también, caían en desordenados bucles sobre sus hombros.

Su traje, muy cuidado, se componía de unos pantalones de piel de gamo y un jubón de lo mismo, sujeto por ancho cinturón, del que pendían un cuerno lleno de pólvora y un enorme cuchillo de monte; calzaba botas altas, y cubría su cabeza un sombrero de anchas alas, al estilo de los mexicanos.

La joven debía de tener diez años menos y era bellísima. Talle elegante, cabellos más negros que las alas del cuervo, tez aterciopelada y ojos semejantes a los de las mujeres españolas.

Llevaba un traje de paño gris con botones de metal, falda corta y un sombrero de paja de Panamá, adornado con cintas.

Lo mismo que el joven, llevaba una carabina colgada del arzón, y a ambos lados de la silla se veían las culatas de un par de pistolas.

Los dos jóvenes caminaban a la cabeza del convoy, examinando atentamente la inmensa pradera que se extendía frente a ellos, interrumpida solamente por grandes manchas verdes. Eran árboles, que marcaban el curso del río Pecos.

—¿Estamos todavía lejos, hermano? —preguntó de pronto la joven—. Pareces preocupado; ¿acaso hemos equivocado el camino?

—No, Mary.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—¿Crees que no me resulta doloroso el tener que llevarte conmigo por un desierto, erizado de peligros?

—Sabes que la vida aventurera no me disgusta, Randolpho —replicó la joven con arrogancia—. Me siento segura bajo tu protección, y no he de echar de menos la casa solariega que hemos dejado en Texas. Sabes, además, que solamente en el desierto podremos rehacer nuestra fortuna.

Randolfo pareció tranquilizarse con esta respuesta, y dijo, después de un momento de silencio:

—Recobramos la fortuna, Mary. Todos aquellos que se han aventurado por este desierto, se han enriquecido. El oro abunda en estos lugares, y tú verás cómo encontramos el yacimiento que nos indicó el viejo explorador de las praderas.

—¿Tendremos que andar mucho todavía?

—Vamos muy lejos; pero si los indios no nos interceptan el paso, confío en que llegaremos. Pienso descansar algunos días en el fuerte del capitán Linthon, y luego nos lanzaremos resueltamente a recorrer las praderas.

—¿Tienes recomendación para el capitán?

—Sí, Mary; y confío, además, en que nos dará prudentes consejos.

—¿Cuándo llegaremos al fuerte?

—Debemos de estar cerca, hermanita. Mira hacia aquel grupo de árboles. ¿No te parece que por detrás se ve humo?

—Sí, señor; es humo —dijo el negro.

—Tom tiene vista de lince —replicó Randolph—. Es viejo, pero sus ojos no tienen comparación con los nuestros.

—El fuerte está allí, señor. Detrás de aquellos árboles se divisa una bandera.

—Animo, pues —gritó el joven—. Dentro de media hora descansaremos en compañía del capitán.

—Por allí viene un jinete —dijo el negro.

—Algún cazador del fuerte.

—Me parece que debe de ser el capitán Linthon, el terror de los indios. Hace muchos años que no le veo, pero reconozco su uniforme; no me engaño, señor, es él.

—Es una delicada e inesperada atención —dijo Randolph.

—¿Sabía que nos detendríamos en el fuerte? —preguntó Mary.

—Se lo anuncié el mes pasado a Morton.

—¿El cuáquero?

—Sí, Mary.

Mientras hablaban, el jinete había abandonado el grupo de árboles y galopaba por la pradera, dirigiéndose al encuentro de la caravana.

Aquel hombre era un tipo verdaderamente admirable. Su estatura casi gigantesca y su severo semblante denunciaban a un viejo militar.

Podría tener cincuenta años; sus facciones, algo duras y muy pronunciadas, y su aire arrogante, anunciaban una energía extraordinaria y un valor indomable. Llevaba el cabello largo, según costumbre de la pradera; pero, a pesar de su edad, no tenía ni una cana.

El capitán Linthon tenía fama de ser hombre temerario.

Soldado de los Estados Unidos, había tomado parte activísima en la guerra de Secesión entre los Estados del Norte

y los del Sur. Después se había dirigido, como tantos otros, a buscar fortuna en las praderas de Texas. Reunió una escolta de antiguos soldados sudistas y se dirigió a las orillas del Pecos para fundar una colonia.

Al principio, sus esperanzas quedaron frustradas, a causa de las frecuentes correrías de los indios, los cuales arrasaron varias veces los cultivos e incendiaron el fuerte. Pero Linthon, dotado de una voluntad férrea, había organizado tropas para dominar a aquellos feroces ladrones, y tantos estragos causó en sus filas, que le dieron el nombre de *Terror de las Pielas Rojas*.

Una vez rechazados los guerreros salvajes y confinados en sus desiertos, el fuerte había prosperado, y su colonia era una de las más florecientes entre las del río Pecos.

Cuando el capitán llegó cerca de los viajeros, se llevó la mano al sombrero y saludó a los jóvenes, diciendo:

—¿Quién pide hospitalidad a mi fuerte?

—Me llamo Randolph Harringhen —contestó el joven—, y esta señorita es mi hermana Mary.

—¡No me había engañado! —exclamó el capitán, tendiendo la mano a los viajeros—. Morton, el cuáquero, me había anunciado su viaje. ¿De modo, hijos míos, que vienen al desierto en busca de fortuna?

—Así es, capitán —contestó Randolph.

—Admiro su audacia, jóvenes. Y debo decirles que me extraña mucho que vengan ustedes de México en busca de fortuna. Creía que su tío el capitán, que era riquísimo, les habría dejado lo suficiente para vivir cómodamente, sin que se viesen forzados a venir al desierto.

—Mi tío nos ha desheredado, capitán.

—No lo sabía.

—Me extraña, pues yo suponía que Morton le habría contado que nuestro tío, que odiaba a nuestro padre por cuestiones políticas, en lugar de dejarnos, como a legítimos herederos, su inmenso caudal, ha tenido a bien cedérselo a un niño que había adoptado, hundiéndonos a mi hermana y a mí en la miseria. Nuestro padre murió pobre a consecuencia de los



malos negocios; sin embargo, confiaba en las riquezas de su hermano, pero se engañó.

—He oído decir que el niño adoptado por su tío murió en un incendio.

—Cierto, capitán.

—Pues, siendo así, debía haberles dejado a ustedes por herederos.

—Seguramente lo hubiera hecho de no ser yo oficial de la Guardia Republicana; pero mi tío, que era imperialista entusiástico de Maximiliano, apenas supo mis opiniones, me dijo claramente que me desheredaría, y cumplió su palabra. Apenas murió, fuimos arrojados de su casa, pues no dejó testamento.

—¿Pero el niño adoptado no había muerto?

—Sí, capitán; al menos, eso creo; pero su tutor, míster Braxley, reclamó la herencia, y nos vimos forzados a marchar. He aquí por qué, pudiendo ser riquísimos, no somos más que unos infelices que van en busca de fortuna.

—Son ustedes jóvenes, audaces y valientes, hijos míos, y espero que la alcanzarán. En las regiones del Norte se descubren todos los días minas riquísimas.

—Pues nos dirigiremos hacia el Norte. Un antiguo amigo de mi padre nos ha indicado un sitio donde podremos encontrar gran cantidad de oro.

—Hay que tener cuidado con los indios. Por ahora parece que están tranquilos, pero no hay que fiarse. Pueden entrar en campaña de un día a otro y saquear la pradera, buscando cabelleras de blancos. Vengan al fuerte, amigos míos; son ustedes mis huéspedes y no tendrán queja del capitán Linthon.

En este momento, otro jinete apareció entre los árboles que bordeaban el río y se dirigió a galope hacia los viajeros.

—¿Quién es ése? —preguntó Randolph—. ¿Alguno de vuestros hombres?

—Es mi hijo Harry —contestó el capitán, y, sonriendo, añadió—: Un valiente. No tiene más que catorce años y ya ha vencido a un comanche, después de rudo combate cuerpo a cuerpo.

—Si no fuese usted quien lo cuenta, no le creería. Los comanches son muy valientes.

—Los más valientes de todos los pieles rojas. Les contaré el hecho: Un día se nos escapó un caballo, y Harry, aunque es tan chiquillo, se lanzó tras él a la pradera, frecuentada en aquel tiempo por los indios. Estando oculto en el bosque, descubrió debajo de unos árboles dos guerreros comanches. Como sus intenciones no podían ser buenas, Harry, sin esperar a que le atacasen, disparó su fusil contra el más próximo y lo mató; luego, empuñando el cuchillo, se lanzó sobre el otro. Minutos después, el indio caía al suelo con dos heridas en el pecho, y Harry llegaba al fuerte trayendo como trofeo de su victoria el hacha de su adversario.

El jinete estaba a corta distancia. No era el hijo más bajo que el padre; al contrario, casi le aventajaba en estatura, pues aproximadamente mediría unos seis pies. Era un guapo muchachote, fuerte como un bisonte, con músculos capaces de desafiar a cualquier luchador. Con su cabellera rubia y sus ojos azules, era un verdadero tipo de americano del Norte.

Saludó a los jóvenes, y volviéndose a su padre le dijo:

—Estaba intranquilo por si te sucedía algo y he venido a buscarte.

—Me encuentras bien acompañado, muchacho. Míster Harringhen y su hermana Mary.

—¿Los forasteros que anunció Morton?

—Justamente, Harry.

—Sean bien venidos a nuestros dominios.

—Son nuestros huéspedes. Vamos, en marcha, jóvenes, que la cena espera.

Los cuatro blancos, el negro y el furgón reanudaron el viaje, dirigiéndose hacia el fuerte.

## Capítulo 2

### El fortín del capitán Linthon

EL FUERTE QUE el capitán Linthon había levantado en la orilla derecha del río Pecos estaba formado por un gran edificio de madera, en el que podían albergarse hasta cien personas, y vastos graneros e inmensos establos para el ganado, todo ello rodeado por una cerca de gruesos troncos de árboles, con objeto de defenderse de los ataques de los indios.

Tenía dos puentes levadizos que se recogían por la noche, algunos muros en escarpa y dos pequeños baluartes armados con cuatro culebrinas y otras piezas pequeñas, artillería más que sobrada para poder rechazar las hordas de guerreros rojos.

Su población estaba constituida por sesenta colonos, entre hombres, mujeres y niños, que se ocupaban en criar ganado y en cultivar los terrenos próximos al río.

Aun cuando aquel establecimiento agrícola contaba pocos años de existencia, sus colonos disfrutaban de grandes comodidades, gracias a sus constantes trabajos y a la sabia administración del capitán.

Las cuadras y los establos estaban llenos de caballos, bueyes, cerdos y carneros; en los corrales pululaban pavos, gansos y gallinas, y los graneros rebosaban granos y frutos de todas clases.

La abundancia reinaba a despecho de los indios, que ya varias veces habían intentado asaltar el fuerte para saquearlo y destruirlo.

Cuando llegaron los viajeros, todos los habitantes del fuerte salieron a darles la bienvenida, aclamándolos mientras retumbaban las descargas de fusilería.

El capitán presentó toda la colonia a Randolph Harringhen y a su hermana, y después, a Telie Doc, una muchachita que había adoptado.

Era hija de un íntimo amigo del capitán, Abel Doc, que había tenido la desgracia de ser apresado por los comanches; y, ¡cosa extraña!, Doc, en vez de intentar fugarse, abrazó la causa de sus vencedores, abandonando a su hija y dando al olvido la amistad que le unía con Linthon.

Se decía también que, conociendo los comanches su valor e intrepidez, le habían conferido la dignidad de Gran Jefe; pero todo el mundo ignoraba cuál fuese su territorio y aun si vivía, pues ninguno de los exploradores de Linthon logró verle jamás.

La hija de Doc era una linda muchacha, de bellísimas formas, tez bastante morena y cabellera negra y abundante. A esto se unía un no sé qué de salvaje; pero, sin embargo, todos estaban conformes en que no era posible encontrar una joven más hermosa en todo el territorio de Texas.

Cuando supo que Randolpho quería proseguir el viaje a la mañana siguiente, se mostró agitada; sus negros y hermosos ojos se fijaron en el joven, y después de unos instantes de turbación, dijo:

—Siento en el alma que se marchen tan pronto. Aunque sé lo mucho que vale el tiempo en estos países, les ruego que permanezcan una temporada con nosotros.

—Imposible, hermosa niña —contestó Harringhen—. Tengo prisa por llegar a las fuentes del río Pecos.

—Tiene que reunir allí una fortuna —terció el capitán—, y tal vez pudiera arrepentirse si retrasara el viaje.

—Cierto —repuso Randolpho, y añadió—: Capitán, usted que conoce estas regiones, ¿podrá decirme si el viaje es muy fatigoso?

—Fatigoso y peligroso, amiguito. Yendo hacia el Norte, esta parte de la pradera se convierte muy pronto en espeso bosque, nada fácil de atravesar. A esto hay que añadir que por ese lado tienen los indios sus territorios de caza y es muy difícil evitar su encuentro. Yo le aconsejaría una cosa.

—¿Cuál?

—Que, abandonando ese proyecto de ir a las fuentes del río Pecos en busca de las minas de oro, se estableciese aquí y

fundase una colonia agrícola. Por aquí se dejan ver poco los indios, y dispone de un asilo seguro sin necesidad de exponer a su hermana a tantos peligros.

—Es imposible; mi tío no me ha dejado lo bastante para fundar yo solo una colonia, y estoy firmemente decidido a ir al país del oro.

—Admiro su audacia, amigo mío. Haga lo que quiera, pero no olvide que estoy dispuesto a ayudarle en todo lo que pueda.

—Gracias, capitán; no necesito más que algunas instrucciones y un guía para vadear el río Pecos.

—Cuenta con él —dijo Linthon, y se volvió para dirigirse hacia la casa. Cuál sería su extrañeza al ver a Telie que, quedándose detrás de ellos, había escuchado toda la conversación.

—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó con severo acento—. Nuestra conversación no te interesa; así, pues, vete con las demás mujeres.

La joven enrojeció y se alejó corriendo.

El capitán y Randolpho entraron en el segundo patio, y apenas llegaron vieron a Harry, preocupado e inquieto.

—¿Qué te pasa, hijo? —preguntó Linthon.

—Tengo que darte una mala noticia: Scibellok hace de las suyas en el bosque.

—¿En el nuestro? —interrumpió vivamente el capitán.

—No; en los que dependen del capitán Corraister.

—¿Estás seguro?

—Todo el mundo conoce a ese hombre, que lleva una cruz sangrienta en el pecho.

—Siendo así, también nosotros estamos amenazados.

—¿Quién es este Scibellok? —preguntó Randolpho.

—El demonio de los bosques —repuso Harry.

—¿Un indio?

—No se sabe con certeza si es un blanco o un piel roja —dijo, a su vez, el capitán—. Muchos creen que debe de ser un espíritu infernal. Harry, ¿le ha visto alguno de los nuestros?

—No; pero han encontrado dos hombres con la cabeza herida por un hachazo y con dos cortes en el pecho formando una cruz.

—Esa es su manera de matar —murmuró el capitán, preocupado.

—¿Ha atacado alguna vez a sus hombres? —preguntó Randolpho con interés.

—Nunca; más bien es enemigo de los indios. Cuando los pieles rojas amenazan una colonia, Scibellok aparece y asesina a todos cuantos puede sorprender. Su presencia advierte que los guerreros rojos se preparan a una campaña. Vamos, Harry, dime, ¿quién ha visto los muertos por Scibellok?

—Ralph.

—El '*Salt Lake Kid*'?

—Sí.

—¡Hum! No creo a ese vanidoso charlatán; más tarde le interrogaremos.

Los tres nombres entraron en el comedor. Era una habitación espaciosa, adornada con pieles de oso, cornamentas de rumiantes y algunas armas. Mary y la hija adoptiva del capitán esperaban ante una mesa admirablemente preparada.

Cuando, terminada la cena, salieron al patio, todos los colonos rodeaban a un jovencito delgado, de mirada astuta, con largos y despeinados cabellos y vestido al uso de los cazadores de la pradera. Aquel joven narraba enfáticamente su encuentro con el genio de los bosques y de qué modo había descubierto los cadáveres de los indios asesinados en la selva.

Con objeto de producir más efecto, no cesaba de ir de un lado a otro, golpeando al mismo tiempo el fusil, las pistolas o el cuchillo que llevaba al cinto.

Cuando vio al capitán corrió hacia él, gritando:

—Supongo que estará satisfecho de mí, míster Linthon; ya ve lo de prisa que he traído la noticia de que se aproximan los indios.

Al decir esto, vio a Randolpho y a Mary, y recobrando su aire desvergonzado, prosiguió:

—¡Ah!, tiene huéspedes que vienen del Sur. ¿Me darán noticias de Texas? Soy Ralph, el *Salt Lake Kid*.

—¡Me alegro! —dijo Randolph—. Y le ruego que guarde su amistad, ocupándose en sus asuntos y dejando en paz los míos.

—¡Oiga, caballero! —exclamó el *Kid*—. Ha de saber usted que soy noble y que no conozco el miedo. Soy capaz de matar a un hombre de un puñetazo, de un palo, de una cuchillada, de un tiro o de un hachazo.

Mientras hablaba gesticulaba como un mono, moviendo piernas y brazos y empuñando su fusil.

Randolph no se dignó responder a semejante bravata; pero el capitán dijo:

—Ralph, en lugar de meter tanta bulla, podías decirme dónde has robado la yegua que tienes desde hace cuatro días.

Cuando el *Kid* oyó estas palabras, quedóse turbado y su aire provocativo desapareció como por encanto, bajando los ojos ante la penetrante mirada del capitán. Pasado un momento, se repuso y exclamó:

—¡Que he robado! Jamás he robado ni yeguas ni caballos. Cojo los caballos de los indios después de matar a los jinetes. Y si alguien dice lo contrario, se las entenderá con el *Salt Lake Kid*.

—No intentes engañarme, Ralph; conozco la yegua y puedo asegurarte que es de Pedro Harper.

—Nada más cierto. Se la he cogido a Harper, pero no con intención de guardármela. Si me da un caballo, antes que el sol se ponga se la habré devuelto a su dueño, que se encuentra a quince leguas de aquí.

—¡Está demasiado lejos para verlo!

—Que me siga alguno de éstos. ¡Hombre!, aquí está Morton *el Sanguinario*, con su viejo e inseparable perro.

El hombre que llegaba era un tipo verdaderamente extraño, conocidísimo en la pradera por sus extravagantes costumbres.

Debía de pasar de los cincuenta años, a juzgar por las profundas arrugas que surcaban su semblante. Su nariz prominente se inclinaba hacia la boca, en tanto que la barbilla se doblaba hacia arriba, como si quisiese unirse a aquel

apéndice, y su dulce mirada estaba en franca oposición con el género de vida que llevaba.

Usaba traje de cuero con botones de cobre, como los exploradores de una pradera, adornado con cordones que en sus primeros tiempos debieron de ser azules.

El fusil, que seguramente no usaba, era un arma viejísima, casi inútil, y el cuchillo tampoco debía de tener mucha costumbre de salir de la vaina.

Y, en efecto, a pesar de su renombre de sanguinario, aquel viejo cuáquero era el hombre más inofensivo de la pradera. Jamás quiso asociarse a los voluntarios del fuerte en sus expediciones contra los indios, ni jamás disparó su fusil contra ningún hombre.

Sin embargo, tenía fama de valiente, y nadie conocía la pradera como él.

Al verle entrar, lanzó Ralph una sonora carcajada y exclamó:

—Seguramente que no serás tú, con tu caballo cojo, quien me siga en busca de Harper. Eres un viejo loco que tiene demasiado miedo a los indios para atravesar de noche la pradera.

El viejo miró tranquilamente al bravucón, desmontó, dejó en el suelo un perrillo blanco que llevaba en brazos y dijo con reposada voz:

—Tú, que tanto hablas, no harías lo que yo he hecho hoy.

—¿Has despellejado algún indio, viejo mío? —preguntó con ironía Ralph.

—Nada de eso, ya lo sabrás más adelante.

Y sin decir más fue a sentarse en un rincón, colocando sobre sus rodillas al perrillo blanco.

El capitán, extrañado de sus misteriosos ademanes y de las enigmáticas palabras que había pronunciado, se le acercó con intención de interrogarle.

Morton hablaba con su perro y le preguntaba:

—¿Qué dices de esto, Pedrocito?

El inteligente animalito respondió con un sordo ladrido y una contorsión de cabeza.



—Contesta bien —continuó el viejo—. ¿Crees que debemos contar a estos infelices todo lo que sabemos y que solamente nosotros hemos visto?

—Morton —interrumpió el capitán—, ¿qué significan tus misteriosas palabras? ¿Por qué nos llamas infelices? ¿Tienes noticias de los indios? Habla.

—Si queréis saber noticias, os diré que los comanches han abandonado su campamento y que se dirigen hacia el Sur.

—¿Cómo lo sabes?

—Por un prisionero que ha logrado escaparse afrontando mil peligros. Me ha dicho que los comanches son tan numerosos como la langosta y que se preparan a la guerra. Si vuestros huéspedes quieren llegar a las fuentes del río Pecos deben marcharse inmediatamente. Si se retrasan un solo día encontrarán invadida la pradera.

—¿No os engañáis, Morton? —preguntó Randolpho.

—Morton ha visto y ha oído.

—¿Qué debo hacer, capitán?

—Obedecer a Morton. Pero ¿qué vais a hacer del furgón? Si lo lleváis os descubrirán en seguida; debéis dejarlo aquí o vendérmelo.

—No tengo inconveniente.

—Venid, amigo. Vamos a hacer los preparativos necesarios para que os marchéis mañana; cuando Morton habla así, no sólo hay que creerle, hay que obedecer.

## **Capítulo 3**

### **El ladrón de caballos**

MIENTRAS EL CAPITÁN y Randolpho entraban en el edificio principal, Mary se había dirigido a su habitación, con objeto de descansar antes de proseguir el viaje.

Se preparaba a acostarse, cuando de pronto vio aparecer a Telie, la hija adoptiva del capitán.

—¿Qué quieres, niña? —preguntó Mary, sorprendida y contrariada, pues deseaba descansar.

Telie, desconcertada por el tono de la pregunta, miró a su alrededor y dijo tímidamente:

—Siento mucho molestarla, miss, y le ruego que me perdone; pero quisiera pedirle un favor...

—Habla francamente; te escucho —repuso Mary.

—Le suplico que me lleve a la pradera, aunque sea de criada. Usted es una persona distinguida, acostumbrada a que la sirvan; lléveme, pues, y no se arrepentirá. Conozco la pradera y el curso del río Pecos, por haberlo recorrido varias veces con mi padre siendo niña, y no temo a los indios ni a las fieras.

—¡Es imposible, niña! —exclamó Mary ante aquella proposición inesperada—. Además de que ni tu madre ni el capitán te lo permitirían.

—¡Mi madre murió hace mucho tiempo! —dijo Telie tristemente—, y el capitán Linthon no tiene tiempo de ocuparse de mí —añadió sollozando.

—¿Y tu padre?

—Hace varios años que se encuentra entre los indios.

Mary, vivamente conmovida, le cogió una mano y le dio un beso, pero no contestó nada.

Pasados unos momentos, continuó Telie:

—Miss Mary, se lo suplico, lléveme con usted. Ansío volver a la pradera para realizar un antiguo proyecto. Crea que les he de ser muy útil; seré su fiel amiga, les serviré de guía y estoy segura que no ha de tener quejas de la pobre Telie.

Mary estaba perpleja. Sentía en el alma tener que rechazar la proposición de aquella pobre niña y, por otra parte, no quería asumir la responsabilidad de conducirla a la pradera exponiéndola a tantos peligros. Además, ¿cómo llevársela sin permiso del capitán Linthon?

—¡Pobre niña! —dijo por fin—. Lo que pides es una cosa demasiado grave para aceptarla. Sin contar con que estoy acostumbrada a servirme sola, ¿qué podré ofrecerte, si no tengo ni patria? ¿Quieres que te exponga a los peligros de

semejante viaje? ¿Quién sabe las incomodidades, las miserias que nos esperan? Piénsalo bien.

—Estoy decidida a todo —repuso la joven—, y como conozco la pradera, podré evitarles muchos peligros y muchas fatigas, miss Mary.

—En ese caso, hablaré a mi hermano, y que él resuelva. ¿No te parece?

—Sí, miss Mary; confío que míster Harringhen no rechazará mi oferta.

Mientras la hija adoptiva del capitán se retiraba, Randolpho, después de haber cedido a éste el furgón, se dirigió a su cuarto. Antes de continuar el viaje quería dormir algunas horas, para reponerse de las largas noches de insomnio y de las fatigas sufridas en el desierto.

La partida estaba fijada para las dos de la noche, con objeto de poder vadear el río Pecos antes del alba; y como se temía que los indios estuvieran reunidos por aquellos contornos, era conveniente aprovechar aquellas horas de oscuridad.

No haría quince minutos que estaba dormido, cuando le pareció oír una voz armoniosa que murmuraba en su oído:

—Pasad el vado por la ribera baja; la alta es peligrosa.

Randolfo se despertó sobresaltado, abrió los ojos, miró en derredor y quedó sorprendido al no ver a nadie. Sin embargo, la puerta que él había dejado cerrada estaba abierta.

—¿Quién habla? —preguntó en voz baja.

No le respondieron.

«Pues yo no soñaba —pensó—. Era la voz de una mujer que no me es desconocida. Pero, ¿quién puede haberme aconsejado que pase el vado por la ribera baja? ¡Vamos!, estaría soñando.»

Volvió a dormirse, sin hacer caso de aquellas misteriosas palabras, y no se despertó hasta las dos menos cuarto. Se levantó y salió al patio, encontrando al capitán presa de gran indignación.

—¿Habéis recibido alguna mala noticia, capitán? —preguntó Randolpho.

—Y tanto, amigo mío —respondió Linthon—. Ralph, el ladrón de caballos, ha huido esta noche llevándose el vuestro, dejándonos en su lugar la yegua que robó a Harper.

—¡Que ha robado mi *Bayo!* —exclamó Randolpho, colérico y apenado.

—Sí —contestó el capitán—; el miserable ha aprovechado el momento en que todos dormíamos y ha huido. ¿Sabéis lo que hizo para engañarnos mejor? Lo llevó a la cuadra con los demás, y luego, bajando uno de los puentes, alzó el vuelo.

—¡Hay que coger a ese infame! —vociferó Randolpho—. No le perdonaré nunca semejante acción.

—Ya le siguen la pista, amiguito. Harry, tan indignado como vos, se ha lanzado en su persecución, en compañía de doce de nuestros más valientes colonos.

—Agradecidísimo, capitán. Pero ¿creéis que lograrán capturarlo?

—Seguramente. Nuestros caballos, que están frescos y descansados, alcanzarán sin gran dificultad al vuestro, que debe de estar cansadísimo de tantas jornadas. No sé, sin embargo, si les será posible sorprender a Ralph, porque el muy bribón ha robado también otro caballo, de los más resistentes, pues hace pocos meses que se lo compramos a uno de los ganaderos del fuerte Davis. Creo que soltará el vuestro y se escapará en el mío; pero si algún día cae en mis manos, ¡ay de él! He sido indulgente una vez y ya es bastante. Le aplicaremos la ley de Lynch; le enviaremos al otro mundo con una buena cuerda apretada al cuello.

Randolfo, afligido por la pérdida de su caballo, en el que tenía gran confianza, por llevar dos años montándolo, no se decidía a marchar, a pesar de que el capitán le había ofrecido otra cabalgadura. Deseaba también ampliar noticias sobre la anunciada invasión de los indios, por lo cual, después de consultar con el capitán, se decidió a esperar la vuelta de Harry y sus hombres, retrasando la partida hasta la tarde.

De aquí resultó una ventaja, porque hacia mediodía se desencadenó un fuerte temporal que duró hasta las tres de la

tarde, y gracias al retraso pudo evitarse miss Mary aquel terrible aguacero, cosa que le hubiera sido imposible en la pradera.

Harry, que desde la noche anterior iba en persecución del ladrón, llegó al anochecer, seguido de su gente, trayendo por la brida el brioso corcel de Randolpho.

—Míster Harringhen —dijo, acercándose—, aquí tiene su caballo. Corre mucho, y el bribón de Ralph, en cuanto se ha dado cuenta de que le seguíamos, se ha arrojado al suelo.

—¿Supongo que habréis ahorcado a ese infame?  
—interrumpió el capitán.

—Ralph ha huido —contestó Harry—; sin duda, se ocultó en el bosque; pero no le seguimos por miedo de que *Bayo* huyese a la pradera y fuese a caer en manos de los comanches. Teníamos demasiada prisa por volver, temiendo alguna sorpresa de los indios.

—Celebro que hayas recuperado el caballo —dijo el capitán, y luego, dirigiéndose a Randolpho—: Amigo mío, si queréis marcharos, no os detengo más.

Mary y el negro esperaban armados y a caballo. La hora parecía oportuna para emprender la marcha. El huracán, terrible durante el día, se había calmado, y la atmósfera estaba serena y despejada. Millones de estrellas brillaban en el cielo, y la luna aparecía detrás de los árboles que bordean el curso del río.

El capitán hubiera querido acompañar a sus huéspedes algunas horas; pero como tenía que preparar el fuerte para defenderse de la invasión de los indios, encargó a uno de sus hombres que guiase a la pequeña caravana por lo menos hasta el vado.

La despedida fue conmovedora. El capitán condujo a sus huéspedes hasta el puente levadizo y, deseándoles un feliz viaje, les dio las instrucciones necesarias para evitar un encuentro con los pieles rojas. Por último les dijo:

—Lo que os recomiendo, sobre todo, es que paséis el vado por la ribera alta.

—¿Es que hay otro por la baja? —preguntó Randolpho.

—Sí, amigo mío; pero es más peligroso, porque en sus orillas son fáciles las emboscadas. Hace dos meses que los indios sorprendieron a John Ashburn con toda su familia, y todos perecieron. ¡Adiós, valientes, y que Dios os acompañe en la pradera!

Mary y su hermano estrecharon por última vez la mano del capitán y se internaron en el bosque, precedidos del guía y seguidos del viejo negro, que llevaba los víveres y buena cantidad de municiones.



[www.rohpress.com](http://www.rohpress.com)